

de vuestros mercenarios. ¹ » Decidle que la alegría que muestra al recibiros, endulza demasiado la amargura de vuestro arrepentimiento, y al mismo tiempo causándoos un pesar más amargo de haber ofendido á un padre tan bueno. Decidle que os pesa haberle abandonado, solamente por el disgusto que le ha causado haberos perdido: pedidle que os dé su paternal bendición, y prometed vivir para él y con él hasta el último suspiro.

Propitiare Domine supplicationibus nostris, et animarum nostrarum medere languoribus. ut remissione peccatorum percepta, in tua semper paterna benedictione letemur. Per Dominum nostrum Jesum Christum, etc.

LECTURA. Imit. I, 6, 21, 22; III. 33.

XII MEDITACION

Sobre los dos estandartes.

SEXTO DÍA.

Todo viajero que conoce poco el camino que al través de mil peligros y mil dificultades debe conducirlo á su patria, se provee de un guía á fin de no engañarse. El Verbo encarnado de quien está escrito: «Yo le doy por señor y por jefe á las naciones, ² « nos ha sido dado por guía por maestro; él nos mostrará el camino seguro de la salvación y de la perfección. Para animarse á seguir un guía tan fiel y á caminar por sus huellas, es bueno servirse de esta meditación, que es la que abre los *Ejercicios* de la vida iluminativa que dispone á la perfecta caridad, así como las meditaciones pre-

¹ Non sum dignus vocari filius tuus, fac me sicut unum de mercenariis tuis. Luc. XV, 19.

² Dedi eum ducem et præceptorem gentibus. Is. LV, 4.

cedentes pertenecen á la vía purgativa, que hace desaparecer los obstáculos para la salvación.

ORACIÓN PREPARATORIA.

I. *Preludio*.—Representaos al Redentor, en una campiña agradable, cerca de Jerusalén, con un exterior amable, enviando á los apóstoles por todo el mundo con orden de alistar soldados á su servicio, bajo el estandarte de la cruz. Representaos en seguida á Lucifer, cerca de los muros de Babilonia, con un aspecto terrible; y envía á su vez á los demonios por todo el mundo para alistar gentes á su servicio, bajo las insignias de la media luna, que es símbolo de la inconstancia y de la infidelidad.

2. *Preludio*.—Pedid la gracia de escuchar el llamamiento de Cristo y seguirlo; y por el contrario, cerrar los oídos y rechazar las sugerencias de sataná: con este doble fin repetiréis muchas veces durante el día las oraciones jaculatorias siguientes: «Hacedme conocer el camino que debo seguir. ¹ » Yo os seguiré, Señor, por todas partes donde vays. ² » «Renuncio á Satanás, á todas sus obras y á todas sus pompas. ³ »

La meditación comprenderá estos tres puntos: 1º, caracteres de los llamamientos hechos por Jesucristo y por el demonio; 2º, motivos para seguir á Jesucristo y no seguir al demonio; 3º, variedad de las personas que pretenden seguir á Jesucristo, pero no le siguen sino imperfectamente.

I

Considerad los llamamientos que os hace Jesucristo, y los que por su parte os hace también el demonio; y no se puede seguir á los dos á la vez.

¹ Notam fac mihi, viam in qua ambulem. Ps. CXLII, 8.

² Sequar te Domine cuocumque ieris. Matth. VIII, 19.

³ Abrenuntio satanæ et omnibus operibus ejus et omnibus pompis ejus. Ritual. Rom. de Sacr. Bapt

I.—Los llamamientos de Jesucristo son sus santas inspiraciones: por ellas os invita á seguirle cargando vuestra cruz. «Que el que quiera venir en pos de mí, lleve su cruz.»¹ Os declara que quiere precederos por el ejemplo, y pide solamente de vos que le sigais imitándole. Si un rey invitase á sus súbditos á emprender alguna conquista, si les propusiese expresamente este pacto, que él sería el primero en subir al asalto, en afrontar todos los peligros y después les dejaría todo el botín, contentándose con la victoria alcanzada y la gloria adquirida; ¿qué súbdito sería tan insensato para vacilar en seguir la bandera de tan gran soberano? Cuando Luis rey de Francia, en una solemne asamblea de sus Estados, descubrió ante su nobleza reunida, la cruz que llevaba bajo su manto real, como signo de la cruzada que meditaba, cuando expuso su proyecto de ir en persona á conquistar la Tierra Santa, cuando invitó á todos sus súbditos á seguirle, no se encontró, entre tantos, ni uno solo que retrocediese; sino que todos se ofrecieron con apresuramiento á tomar la cruz, y á secundar al Monarca en esta difícil empresa. Mas no solamente fueron los tres hermanos del rey, con todos los príncipes de la sangre, los que se ofrecieron á acompañarle, sino que la misma Reina con todas las princesas, pidieron formar parte de esta gran expedición. Formaos la idea que el Redentor obra del mismo modo, muy particularmente con los eclesiásticos que son los príncipes en el reino de su Iglesia: los invita á todos á conquistar la tierra santa del paraíso; mas para seguirle, es menester llevar la cruz con él; todos los soldados del Cristo pueden llevar el nombre de soldados de la cruzada. ¿Sabeis lo que quiere decir esta expresión: «tomar la cruz?» Mirad la cruz de Jesucristo; y en ella no encontrareis más que pobreza, dolor y desprecio. Jesús nos ha dado el ejemplo: ha querido ser pobre, vivir en el dolor, en el desprecio desde su nacimiento hasta su muerte: esta es la verdad, si quereis reflexionar en ello. Así pues, á esto es á lo que os invita frecuentemente en su Evangelio: os invita

¹ Qui vult venire post me tollat crucem suam. Luc. IX, 23.

á la pobreza, por un perfecto despego de las riquezas, si nó de hecho, por lo menos de afecto: «El que no renuncia á todo lo que posee no puede ser mi discípulo;»¹ á la contrición de vuestros pecados, por un dolor interior y exterior: «Si no hiciéreis penitencia, todos igualmente perecereis;»² al amor, á los desprecios por la práctica de una humildad cristiana, que no se cuida de la reputación mundana cuando ésta es perjudicial á la salvación. «Si no os haceis como uno de estos pequeñuelos, no entrareis en el reino de los cielos.»³ Ahora comprendereis de dónde provienen ciertas inspiraciones que á veces sentís en el corazón, de no hacer caso de los bienes de este mundo, de las riquezas, de los placeres, de los honores, y dirigir todos vuestros afectos hacia los bienes eternos. Estas son las invitaciones que el Señor os dirige, y os llama á llevar vuestra cruz en su seguimiento. Dadle gracias por el honor que os hace, de invitaros á su servicio, no solamente por una vez, sino por muchas veces; y aun cuando haya sufrido de vuestra parte numerosas negativas.

2.—Los llamamientos del demonio son sus tentaciones; pues por ellas os aconseja que hagais todo lo contrario de lo que el Redentor pide de vos; es decir, á huir de la pobreza y apegaros á los bienes de fortuna, *Concupiscentia oculorum*, —á huir la mortificación y amar el placer de los sentidos, *Concupiscentia carnis*, —á huir el desprecio y á buscar los honores, las preferencias del mundo, *Superbia vitæ*. Reflexionad, finalmente, ahora, de dónde vienen esas inclinaciones que os llevan á pensamientos interesados, al deseo de acumular bienes, á buscar las comodidades, á los deleites de los sentidos, al amor exagerado de vuestra reputación, al resentimiento de las ofensas recibidas. Estas invitaciones vienen todas del demonio que quisiera atraeros á su partido; algunas veces también os invitará por medio de sus emisa-

¹ Qui non renuntiat omnibus quæ possidet, non potest meus esse discipulus. Luc. XIV, 33.

² Nisi poenitentiam habueritis, omnes simul peribitis. Luc. XIII, 3

³ Nisi efficiamini sicut parvuli non intrabitis in regnum coelorum. *Matth.* XVIII, 3.

rios, los cuales os dirán: «Venid, aprovechemos los bienes presentes, apresurémonos á gozar de las criaturas como en el tiempo de la juventud; tomemos con profusión el vino, usemos los perfumes y no dejemos pasar las flores de la primavera.»¹ De estas invitaciones á los entretenimientos, á los festines, á los pasatiempos, ¡cuántas no habreis oído, aun de la boca de algunos eclesiásticos amigos vuestros! Aprended á conocer bien el origen de donde vienen; y esto servirá mucho para indicaros la conducta que debeis seguir cuando os las dirijan: tal vez creéis que parten del buen corazón de un amigo que os quiere bien; y provienen de las emboscadas del demonio que quiere perderos.

3.—No se puede servir á la vez á dos Señores;² y esto es imposible, sobre todo cuando los dos señores que os llaman á su servicio, tienen miras tan directamente opuestas, como Jesús y Lucifer. Son raros los eclesiásticos que se declaran abiertamente como hacen muchos hombres del mundo, por el partido de sataná; pero son numerosos aquellos que quisieran tener un pie en los dos campos. Hacen profesión de servir á Dios en el estado clerical, y sin embargo, procuran adquirir los bienes de la tierra: y ojalá que fuese por medios lícitos! Procuran vivir siempre con más comodidad para el cuerpo, y quiera Dios que sea sin ofender al Señor! Buscan obtener una posición mejor, y ojalá y no sea por medio de engaños, de calumnias y de simonías! En suma, quisieran responder al llamamiento de Jesucristo, pero sin hacerse sordos al del demonio. Desengañaos; no podeis, ni daros á los dos al mismo tiempo, ni rechazarlos á los dos; sino que necesariamente teneis que seguir á uno ó al otro. Solo á vos pertenece escoger el que más os agrade; mas, tened cuidado de no hacer una elección de la cual tendríais que arrepentiros por toda la eternidad.

¹ Venite, fruamur bonis quæ sunt, et utamur creatura tamquam in juventute celeriter. Vino pretioso et unguentis nos impleamus et non prætereat nos flos temporis.... Opprimamus pauperem, etc. Sap. II, 6, 7.

² Nemo potest duobus dominis servire. Matth. VI, 24.

II

Considerad los motivos que teneis de seguir á Jesús y de huir al demonio: son muchos, mas podeis sin embargo, reducirlos á estos tres principales: 1º, motivos de justicia; 2º, motivos de conveniencia; 3º, motivos de interés.

I.—Debeis seguir á Jesús á título de justicia, porque es vuestro Dueño legítimo, mientras el demonio no es sino un tirano usurpador. Por diversos títulos de justicia somos los súbditos de Dios; y estos son, la excelencia de su divina naturaleza, el poder con el cual nos ha creado, el precio con que nos ha rescatado. Es nuestro Dueño porque es nuestro Dios, nuestro Criador, y nuestro Redentor; y notad que la excelencia de su divina naturaleza es la base sobre la cual se funda todo dominio natural. Así vereis que las criaturas inferiores sirven á las más elevadas; los elementos sirven á las plantas, las plantas sirven á los animales, y los animales sirven al hombre: y sin salir de la especie humana, la mujer obedece al hombre como á un ser más perfecto y más completo. Haríais pues mucho agravio á Dios si le rehusaseis vuestra sumisión; pues es infinitamente superior á vuestra naturaleza limitada, y así estais obligado para con él á una sujeción infinita. Por razón de esta superioridad decía David: «¿Qué, mi alma no estará sometida á Dios, porque es mi Dios?»¹ Os irritais contra un caballo que se muestra reacio, porque sois su dueño; y sin embargo, no sois superior á él mas que de un grado. ¡Y el alma no estará sujeta á Dios que le excede en perfección de un modo infinito!

2.—Dios es nuestro Criador. El artista que ha fabricado una obra, viene á ser el dueño de esta obra de arte: el pintor es dueño de la pintura con que sus pinceles han decorado la tela; el escultor es dueño de la estatua que ha sacado

¹ Nonne Deo subjecta erit anima mea, nam et ipse Deus meus. Ps. LXI, 2.

del mármol. Y sin embargo, el segundo no dá al mármol la dureza, sino solamente la figura, ni el primero á la tela su tejido, sino solamente la hábil distribución de los colores: ¡cuánto más motivado es el dominio de Dios sobre nosotros! Dios nos ha dado al crearnos, todo lo que tenemos de bueno: y además, porque el poder que ha empleado al llamarnos á la existencia era un poder infinito, como lo pide la acción de sacar el ser de la nada, ha adquirido sobre nosotros, al crearnos, un dominio infinito, y le debemos una sujeción infinita. Añadid, que esta razón de su dominio sobre nosotros dobla su valor á cada instante; porque en efecto, á cada instante nos conserva el Señor este ser que nos dió cuando la creación; y según las palabras del Filósofo, «la conservación es una continua producción. ¹ » Os indignais contra aquel que roba los frutos de vuestro campo, porque quereis ser el dueño de vuestra casa; y sin embargo no habeis hecho el terreno, ni las plantas, ni los frutos: no fecundais el suelo con las lluvias; no le humedeceis con los rocíos; no le revivís por la influencia de las estaciones. ¿Cuánta más razón tendrá Dios de quejarse de vos, si le rehusais esta sujeción, si quereis usar como dueño de vuestro libre albedrío, rehusando someteros á sus leyes?

3.—En fin, observad que vendreis á ser nuevamente dueño de un bien enagenado, si lo rescatais al inicuo posesor que lo retenía. A este título adquiere Jesús un nuevo dominio sobre nosotros, porque cuando éramos arrebatados á su imperio por nuestra esclavitud del pecado, del demonio ó de la muerte eterna, nos ha rescatado al precio de la sangre de sus venas. «Vosotros no os perteneceis, porque habeis sido rescatados á un gran precio. ² » De este motivo también, tiene Jesucristo sobre nosotros un dominio de un poder infinito, porque para rescatarnos, para romper el acta por la cual nos habíamos vendido al infierno, le fué necesario derramar un precio infinito, el precio de su sangre santísima, en el ma-

¹ Conservatio est continuata productio,

² Non estis vestri, empti enim estis pretio magno, I. Cor. VI, 20.

dero de la cruz. He dicho antes: tantos como son los instantes durante los cuales nos conserva Dios, tantas así son las obligaciones que nos encadenan á nuestro Criador; y también debo decir que nuestras obligaciones para con nuestro Redentor igualan al número de gotas de sangre que Jesús derramó por nuestra redención: siendo así, que una sola gota habría constituido un precio suficiente para rescatarnos. De todo esto podeis inferir cuán grande es la injusticia que se hace á Jesús cuando se rehusa someterse á él y obedecerle.

4.—Estais obligado á seguir á Jesús por un motivo de conveniencia; porque debeis cumplirle la palabra que muchas veces le habeis dado. La primera promesa que le habeis hecho de servirle, data del día de vuestro santo bautismo: entonces habeis dicho por medio del que respondía por vos, al sacerdote: «Renuncio á Satanás, á sus pompas y á sus obras. ¹ » Esta promesa la habeis renovado mil veces al recibir el sacramento de la Penitencia: en efecto, mil veces habeis resuelto delante de Dios, por un firme propósito, renunciar al pecado y obedecer á las divinas inspiraciones de la gracia. En otras muchas ocasiones, al leer un libro espiritual, al oír las predicaciones, en la noche al hacer el examen de la conciencia, habeis renovado la misma resolución: y aun más particularmente habeis empeñado vuestra palabra delante de Dios, y habeis jurado seguir á Jesús, cuando os habeis revestido del traje eclesiástico. Entonces os habeis separado, por el hecho mismo, no sólo interior, sino aun exteriormente, de los amigos del siglo y de los partidarios del mundo. Os avergonzais, y con razón, de faltar á la palabra á un hombre, aun cuando no la hubierais empeñado sino una sola vez. Y con Dios, con quien os habeis comprometido tantas veces, ¿no os avergonzaríais de serle infiel?

5.—Debeis también seguir á Jesús por un motivo de interés: considerad qué salario dá á los que le sirven, y qué

¹ Abrenntio satanæ, et omnibus pompis ejus, omnibus operibus ejus.

salario dá el demonio á los suyos. Este promete poco á sus partidarios; placeres de un momento, riquezas pasajeras, una reputación mundana y sin valor; y aun de lo poco que promete, ordinariamente, no espereis nada. Prometió á Adán y á Eva, que no morirían después de haber comido del fruto prohibido, y sin embargo murieron, y aun introdujeron la muerte en el mundo para todos sus descendientes: promete riquezas á los que las buscan; y no obstante, después de muchas tentativas se encuentran con las manos vacías. ¹ Y aun cuando el maligno espíritu cumpla sus promesas, la poca dulzura que concede se encuentra mezclada con los amargos remordimientos, que no vale la pena el correr tras un bien tan pequeño. Así lo confiesa en su arrepentimiento el santo rey David: «No hay paz en mis huesos á la vista de mis pecados. ² » Por otra parte, aun cuando el remordimiento acabara por desaparecer como desapareció en Martín Lutero después de tantos años de inquietudes; y todavía, aun cuando sirviendo al demonio se gozara durante mil años de verdaderas satisfacciones, siempre después será menester padecer por siglos infinitos. ¿Y quisierais por una gota de miel, como es todo bien finito, consentir en anegaros en un mar inmenso de hiel?

Pensad mas bien en el salario con que paga Jesús á los que le sirven. Es verdad que en esta vida están con frecuencia pobres, afligidos, perseguidos, y en sus duras pruebas semejantes á su Maestro; mas estas aflicciones están mezcladas con celestiales consuelos, en cuya comparación los placeres de la tierra se sienten insípidos. Al pueblo hebreo le fué prometido que después de un largo viaje encontraría una tierra en donde abundaban la leche y la miel; y no obstante, en el transcurso de este viaje además de la promesa que se le había hecho, recibió el maná, que fué otro insigne favor. Así es como Dios promete á los que le sirven, goces

¹ Nihil invenerunt viri divitiarum in manibus suis. Ps. LXXV, 6.
² Non est pax osibus meis a facie peccatorum meorum. Ps. XXXVII, 4.

eternos después de la peregrinación de esta vida; mas aun en ésta, sólo la paz de la conciencia bastaría á quitar el peso de todas las cargas del yugo suave de Jesucristo. S. Agustín había experimentado primero los placeres del mundo; y confiesa, que al renunciar á ellos le causaba un placer más grande. «Los placeres que tanto temíamos perder, los abandonamos ahora con gusto. ¹ » Haced la prueba de ello, y vereis, como las lágrimas con los penitentes son más dulces que el reír de los teatros. Mas, admitamos que el yugo de Jesucristo es pesado y que su cruz es gravosa. ¿Qué proporción pueden tener estas penas pasajeras con los goces eternos con que Dios favorece á los que le sirven? Vuestro trabajo no durará más que un poco de tiempo y la recompensa no acabará jamás, porque yo comprendo que «los sufrimientos de esta vida no son proporcionados con la gloria venidera. ² » Si Dios os pidiese todos los tormentos de los mártires, exigiría poco, en vista de la grandeza del precio que os reserva después de esta vida. ¿Cuanto más verdadera será esta afirmación puesto que os pide mucho menos? Tomad pues la resolución de seguir á Jesús en la observancia de los preceptos, y aun llegar hasta los actos heroicos de la virtud; pues Jesús merece por tantos títulos ser servido generosamente.

III

Considerad las diversas clases de personas que pretenden seguir á Jesucristo. En realidad, muchos no le siguen del todo, ó no le siguen sino imperfectamente.

I.—Entre los que no le siguen de ninguna manera, hay que comprender en primer lugar, I) ciertas almas perezosas é irresolutas, que no llegan nunca á decidirse y así difieren

¹ Voluptates quas amittere metus erat, jam dimittere gaudium est.

² Non sunt condignæ passionis hujus temporis ad futuram gloriam. Rom. VIII, 18.

de día en día su conversión. «El perezoso quiere y no quiere.»¹ Quisieran la virtud sin la prueba, la paciencia sin el sufrimiento, la castidad sin la mortificación, la humildad sin la humillación. Si fuérais de esta categoría, seríais semejante á un enfermo que quiere curarse, pero no sabe resolverse á tomar los remedios: no os fieis á vuestras dilaciones, porque al fin, podrían faltáros el tiempo, la gracia y la voluntad; pues ésta se acostumbra siempre más al mal. 2) Otras personas siguen á Jesús con ánimo pero sin constancia: hoy están con él, y mañana lo dejan ó se pasan al partido contrario: hoy se arrepienten de sus pecados, y mañana se arrepentirán de su arrepentimiento. Si perteneciérais á esta clase, seríais semejantes á esos enfermos que un día toman el medicamento prescrito por el médico, y otro lo rehusan, y por consiguiente nunca llegan á curarse. 3) Otras personas siguen á Jesús con ánimo y con constancia; pero no sin reservas; quieren hacer el bien, y lo hacen, pero á su manera: dan limosnas, pero no pagan sus deudas: ayunan en ciertas vigilias no mandadas, pero no ayunan durante la cuaresma: recitan con una devoción marcada ciertas oraciones que tienen el carácter de una devoción personal, y recitan apresuradamente y sin atención el oficio que es para ellos de una obligación grave; observan muchos preceptos, pero descuidan siempre uno, no reflexionando en estas palabras de Santiago: «El que viola la ley en un solo punto, se hace culpable en todos.»² Si fuérais de esta categoría os asemejaríais á esos enfermos que quieren los remedios á su gusto y no al gusto del médico; y por tanto, siempre permanecen enfermos. Jesús debe ser servido con ánimo, con constancia y sin reserva; pues de otra manera no sereis buenos servidores.

2.—Entre los que le sirven imperfectamente, los primeros morirían más bien, que cometer un pecado mortal; pero no se cuidan mucho de los pecados veniales. Los segundos, por

¹ Vult et non vult piger. Prov. XIII, 4.

² Qui offendit in uno, factus est omnium reus. Jac. II, 10.

nada en el mundo, ni aun por conservar su propia vida, cometerían un pecado venial; pero allí donde no hay pecado, prefieren las riquezas á la pobreza, las propias comodidades al sufrimiento, la consideración á los desprecios. Los primeros son buenos servidores de Jesucristo, los segundos son mejores: mas los muy buenos, los perfectos, son aquellos que para asemejarse más á Jesús, viendo que es igual gloria para Dios, conservar los bienes de la tierra ó dejarlos, prefieren la pobreza voluntaria á las riquezas, los sufrimientos á las comodidades, el deshonor á la buena reputación. Examinad á qué grado habeis llegado, y esforzaos en llegar al de los más perfectos, de los mejores servidores de Jesucristo.

Deus qui errantibus, ut in viam possint redire justitie, veritatis tue lumen ostendis; da cunctis qui christiana professione censentur, et illa respuere que huic inimica sunt nomini, et ea que sunt apta sectari. Per Christum Dominum nostrum. Amen.

LECTURA. Imit. I. 3; III. 54, 55.

XIII. MEDITACION

Del Niño Jesús.

SÉPTIMO DIA.

ORACION PREPARATORIA.

I. *Preludio.*—Figuraos que entráis al establo de Belén: allí adorareis al Verbo encarnado, recostado en la paja en un pesebre. Allí le vereis temblar de frío, luego, á los ocho días, sufrir la circuncisión; y poco después vereis á los Magos entrar en ese establo, depositar á los pies del divino Niño sus coronas y ofrecerles ricos presentes y rendidas adoraciones.